

## Crónica literaria de la semana

## La versión literaria

## SUPERGLÚ

Llucia Ramis  
Barcelona



No habría ido a la presentación del enésimo libro sobre el *procés*, si al hojear *El encargo* de Javier Melero no me hubieran llamado la atención dos cosas. Una, que los días siguientes al 6 y 7 de septiembre del 2017 –cuando en el Parlament se aprobaron las leyes de desconexión–, el abogado que acabaría defendiendo a los consellers Meritxell Borràs y Joaquim Forn sólo encendía la tele para ver *Forjado a fuego*, programa donde se compete en fabricar el mejor cuchillo. La otra es esta frase: “La gente tiene que observarse cuidadosamente a sí misma, y culpar a otros es hacer justo lo contrario”.

Como dice el librero Antonio Ramírez en la presentación, se nota que al autor le gusta leer, sabe contar historias y estructurar una trama. Y engancha, añade Francisco Martínez Soria, editor de Ariel, quien admite que el propio Melero le preguntó si realmente hacía falta un nuevo título sobre lo que ya se ha convertido en un subgénero. Pero él tiene fans y sentido del humor; en el juicio del *procés* aludió a la película *Amanece que no es poco*. Además está el morbo de unas memorias en primera persona, bien escritas. Y lo mejor: describe sin tapujos y con incisiva exactitud a fiscales, jueces, compañeros y políticos que todos conocemos, algunos de los cuales están abarrotando La Central ahora mismo. Por ejemplo, de pie al fondo, me parece ver al de “mediana estatura, de ademanes sacerdotales” que, siendo del centro de Barcelona, tomó “su ancestral ruralismo” como “una opción existencial que luce con habilidad”.

¿Nadie se ha enfadado al verse retratado en el libro?, le pregunta el periodista Jesús García, que cita una frase, creo que hegeliana, por la que la libertad de un pueblo yace en la capacidad que tiene de reírse de sí mismo. La crisis catalana evidenció que todos “nos estábamos tomando a nosotros mismos demasiado en serio”, apunta el autor. También recorre lugares madrileños donde sentirse atractivo en la mediana edad (el bar Richelieu), probar toda la carta (el restaurante Arce), o preguntarse cómo diablos pensaban hacer los torneos de voley playa en el parque del Retiro si la ciudad aco-



ELI PALLARÉS



ARANTXA A. BAO



JORDI PUNTI

gía los Juegos Olímpicos del 2020. Cuenta cómo es el juez Llarena y dice que Ortega Smith es el hombre que se hace los peores nudos de corbata de España. La música y el boxeo son el hilo conductor de un libro protagonizado por alguien que

**“La gente tiene que observarse a sí misma, y culpar a otros es hacer justo lo contrario”, opina Javier Melero**

se parece mucho a Melero, aunque con salvedades: “No me paso el día diciendo frases ingeniosas y tomando dry martinis”.

Esto me lleva a otro autor, Eduardo Halfon, que le da su propio nombre a un narrador, Eduardo Halfon, que, a diferencia de él, fuma y es bastante más inseguro. El martes presentó *El boxeador polaco* en la Biblioteca Francesca Bonnemaison, con la colaboración de Casa América Catalunya y Libros del Asteroide. En el público que llena la sala está Cristina Osorno y también Miquel Cabal, traductor de Serguei Dovlatov. Guatemalteco de naci-

miento, Halfon tuvo un abuelo judío polaco y otro judío árabe, vivió en Estados Unidos desde los diez años, y ha recorrido medio mundo. Sus libros condensan en pocas páginas exquisitas una memoria que es a la vez familiar y universal, íntima y en parte histórica, con las trampas que comporta la manera de contarla, porque la memoria es reconstructiva y no reproductiva.

Halfon explica que escribe como se toca el piano: las ideas se le escapan y no acaba de materializarlas hasta que se sienta frente al teclado. Entonces va componiendo eso que no sabía que sabía, y que descubre a

medida que lo crea. De algún modo, pasa lo mismo con su vida, a la que vuelve como vuelve a sus libros, que nunca da por acabados, y vida y libros se ramifican y extienden, abriendo un mapa que los críticos literarios han denominado búsqueda de la identidad. Mientras luego esperamos a que acabe de firmar ejemplares (la cola es infinita), tomo con Luis Solano, Fátima Escribano y Félix Herrero, de la editorial, unas cañas a cuatro euros en un lugar feo de Via Laietana que tiene la fea costumbre de dejar la puerta abierta en invierno para que entren el frío y la gente a tomar cañas a cuatro euros sin saber que valen eso hasta que llega la cuenta.

Unos escriben como se toca el piano, y otros, como cosía su abuela. Es lo que el miércoles le contaba

**‘El procés’**

El editor de Ariel Francisco Martínez Soria, con el autor de *El encargo*, el abogado en el juicio del *procés* Javier Melero, y el periodista Jesús García

Jordi Nopca y Anna Guitart en la Biblioteca Agustí Centelles, durante la presentación de *La teva ombra*, novela con la que ganó el premio Proa. De niño, Nopca veía coser a su abuela y llevar el ritmo con el pedal. Lo compara con lo que es, para él, la escritura: una dedicación casi rutinaria, en la que buscas ese hilo de oro con el que hilvanar la historia.

**Escribir como se toca el piano**

Cristina Osorno, de Casa América; Eduardo Halfon, autor de *El boxeador polaco*, y el editor de Libros del Asteroide, Luis Solano

**O como se cose a máquina**

Jordi Nopca y Anna Guitart en la presentación del libro del primero, *La teva ombra*, en la Biblioteca Agustí Centelles

el mundo tenía los pies mojados, lo que implicaba un alto riesgo de resfriado. Entre otros, estaban Núria Cots, Jordi Puntí y Stefanie Kremser, Miquel Adam, Albert Forn, Jordi Benavente y los orgullosos padres del autor. La novela trata sobre la relación entre dos hermanos y sus respectivas versiones, y es muy difícil de contar sin hacer spoiler. Al editor Josep Lluç le preocupaba que desvelaran el final. Qué se puede contar y qué no, cómo se cuenta y cuándo. No siempre hay una versión literaria. Pero cuando la hay, altera lo que hasta entonces se aceptaba como realidad.●